





na. La montaña de Halberg, que se eleva á cortísima distancia de Sarrebruck, parece haber servido de base ó cimiento á la ciudad romana de que se hace mención en el *Itinerario* de Antonino con el nombre de *Pons Saravi*. Sarrebruck exporta mucho hierro y hulla que se explotan en sus cercanías, y cuenta con fábricas considerables de porcelana, instrumentos de labranza y cajas de cartón destinadas á guardar tabaco. No lejos de Sarrebruck está la reducida aldea llamada Solsbach, desde donde se distingue una pequeña colina que de un siglo á esta parte arde y despide humo; y como contiene una hullera, puede atribuírsele su combustión á la descomposición del sulfuro de hierro.

Sarrelouis, población de que tanto se ha hablado estos días, cuenta igualmente 8,000 habitantes, habiendo sido fundada por Luis XIV en 1660, y fortificada por Vauban para resguardar la frontera francesa entre el Moselle y los Vosges. Se distingue por la regularidad de su construcción; y sus calles, rectas y bien alineadas, terminan en una plaza de agradable apariencia, y adornada por una iglesia y por el palacio del gobernador. Es patria del mariscal Ney y del general Grenier. Esta ciudad fué desmembrada de Francia en 1815 para abrir paso á los alemanes entre el Moselle y los Vosges, permitiendo á un ejército invadir la entrada directa por Toul sobre el Marne. Hallase en sus cercanías los magníficos establecimientos de ferriera de Delling, donde se fabrica palastros y objetos de hojalata.

Hé aquí algunos datos biográficos del general Frossard, que como nuestros lectores saben mandaba el ejército francés en el ataque de Saarbruck:

«El general Frossard representa en el ejército la autoridad; es el soldado que ve en la vida militar, no el brillo ni el ruido, sino el sacrificio, la abnegación, el deber. En otro tiempo hubiera llevado la cruz blanca ó roja de los templarios ó de los caballeros de Malta, porque toda su persona respira la virilidad y la estinción de las pasiones. Al ver esta figura severa y digna se comprende la elección del emperador, esperando que la mentira, la lisonja, la corrupción, estarán lejos del niño confiado á la custodia de este honrado anciano.

El general Frossard es un sábio de primer orden. Ha hecho por el cuerpo de ingenieros lo que Lebouff por la artillería.

Nació en 1807; salió de la Escuela politécnica en 1823 y entró á servir en el cuerpo de ingenieros militares. Fué capitán en 1833, oficial de órdenes de Luis Felipe en 1846. La República le hizo teniente coronel y tomó parte en el sitio de Roma en 1849, siendo nombrado á su vuelta segundo jefe de la Escuela politécnica.

Director de las fortificaciones de Orán, fué ascendido á general de brigada en 1853, y á general de división en 1858.

En Argelia y en Oriente se distinguió mucho. Conoció el importante papel que hizo en la guerra de Italia. Ayudante de campo del emperador en 1860, el general Frossard recibió en 1867 la grave misión de preparar al príncipe imperial para la difícil profesión de rey. En vista de los acontecimientos, en vez de estudiar juntos en los libros de historia de los siglos pasados, el preceptor y su discípulo van por sí mismos á hacer historia, contribuyendo con una página más á los gloriosos anales de la Francia.

El general Frossard manda el segundo cuerpo del ejército del Rhin, compuesto de cuatro divisiones.

Nuestros lectores conocen ya la salida del rey Guillermo para el campamento prusiano y su llegada á Maguncia.

El rey es general en jefe de todas las fuerzas de la Confederación de la Alemania del Norte y de aquellas de sus aliados del Sur, y su cuartel general está, ó por lo menos estaba poco há, en Kreutznach, ciudad conocida por sus baños, situada sobre el *Nahé*, á unas tres leguas E. de la confluencia de este río con el Rhin á Bingen.

Hasta ahora las operaciones militares habían sido dirigidas por el príncipe real, que salió de Berlín el 27 para tomar el mando del ejército del Sur. El príncipe real estaba el día 31 en Manheim, ciudad del ducado de Baden, situada sobre el Rhin á la orilla derecha, en la confluencia del Neckar. Pero el grueso del ejército del Sur estaba hace poco en la frontera del Wurtemberg y de Baden, y se suponía que adelantaba hacia alguna posición en frente de Muhlhausen. No sabemos, por lo tanto, si el príncipe real tiene ya todas sus fuerzas reunidas sobre el Rhin.

El otro teniente general que manda el segundo ejército es el príncipe Federico Carlos, que tiene su cuartel general en Coblenza ó cerca de esta fortaleza.

De manera que todas las fuerzas alemanas deben estar á estas horas ocupando una línea sobre el Rhin, entre Coblenza y Manheim, siendo Maguncia el centro.

Esta casi averiguado que el plan de los franceses es atacar la frontera prusiana por la línea del río Sar y el Palatinado bávaro por Forbach, Sarreguines y Biche, avanzando contra la línea prusiana á Saarbruck, Zwibruch y Pirmasens. El objeto de esta operación de los franceses sería abrirse camino para ir á Neuenkirchen, y desde allí á lo largo de las dos vías férreas que reúnen este punto, una de ellas por S. Wendel y Birkenfeld con Kreutznach y Bingen, y la otra por Homburg, Kaiserlautern y Neustadt con Spirey y Worms sobre el Rhin, ó bien marchar á Ludwigshafen, enfrente de Manheim.

Tal era el supuesto plan de ataque de los franceses, y tal se le cree todavía, pues llevan una ventaja considerable por la proximidad á su base de operaciones de Metz y Strasburgo, por cuya razón había algún motivo de suponer que los prusianos no oponían resistencia formal.

Esta suposición ha adquirido más fuerza por haber retirado los prusianos sus fuerzas de Tréveris, la antigua ciudad de los tres reyes, el único punto en la frontera que carece de comunicación por vía férrea con el Rhin.

La débil defensa que han hecho en Saarbruck confirma, por otra parte, este sistema de defensa.

Admitiendo que los prusianos se hayan propuesto retirarse á la segunda línea, el plan de los invasores es de difícil realización si lo ejecutan tal y como hemos supuesto.

El país entre el Rhin y el Moselle abunda en sitios de incomparable belleza, pero muy poco á propósito para operaciones militares en gran escala. Alturas escarpadas, profundos barrancos y rocas escarpadas coronadas de castillos y aldeas varían el paisaje á cada paso, mientras frondosas viñas y jardines cortan los movimientos de un ejército invasor.

Una región de esta naturaleza no opondría por cierto obstáculos insuperables á tropas tan ágiles y

tan activas como las francesas, pero salta á la vista que los prusianos, sin aceptar una batalla formal, pueden retardar mucho la marcha de los franceses, causándoles pérdidas considerables.

Si los franceses pretenden pasar el Rhin mientras los prusianos ocupan todo el distrito entre aquel río y la frontera, tendrían que hacerlo allí donde el Rhin forma la frontera de Alsacia, en Strasburgo, Breisack ó algún otro punto. Verdad es que el príncipe real situado en Manheim, dueño del camino de hierro badenés á la orilla opuesta, les puede disputar el paso en cualquier parte donde lo emprendan. Sin duda conseguirían pasar; pero pueden estar seguros de encontrar el ejército alemán entero dispuesto á cerrarles el camino de Berlín.

Los aprestos militares se hacen en Inglaterra con maravillosa actividad. Todo el material de guerra empleado en Crimea se está poniendo en actitud de servicio, y en los parques, como en los arsenales, reina una febril actividad. Las fábricas de Birmingham se disponen á emprender trabajos de consideración. En fin, el reclutamiento se lleva á cabo sin levantar mano.

Todo esto, unido á la noticia de que Inglaterra trata de ocupar militarmente á Amberes, ha producido en Francia cierta inquietud, según el *Eco de Ambos Mundos*.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 4 DE AGOSTO DE 1870.

Cada día, cada momento que pasa se vé con más claridad que hemos entrado en un período crítico del cual necesariamente ha de salir algo que cambie por completo las corrientes del mundo.

El ánimo mejor templado no tiene valor para meditar detenidamente sobre los resultados de esta lucha gigantesca que acaba de empezar. Se espanta el corazón, y no solo ciertamente por la sangre que va á correr, quizá en menos cantidad de lo que todos esperamos, sino por el temor de que esa sangre sea vertida para triunfo y gloria del crimen ó á lo menos para que el bien no saque provecho alguno de tan tristes males.

Sin embargo, una gran esperanza nos alienta. No sabemos lo que Dios habrá determinado acerca del porvenir de esta Europa caduca y carcomida por el vicio, apostata y sacrilega; pero estamos seguros de que la Iglesia, punto céntrico en derredor del cual giran todos los acontecimientos humanos, aun aquellos que parecen méos relacionados con ella, se levantará sobre todas las miserias que nos cercan, y atraerá á sí las miradas del mundo, como si lo que está sucediendo y lo que ha de suceder fuese solo por objeto un fin de la Providencia divina respecto de su Iglesia.

Seguramente que ni Guillermo I ni Napoleón III han creído que la lucha empeñada entre sí no es sino un medio de que se vale la infinita sabiduría para que la fe de Cristo *venza, reine é impere* sobre las bajas pasiones y los malvados pensamientos. Aquellos dos soberanos han oído la voz de su orgullo ó de su ambición, y sin consultar siquiera á su conciencia arrojan miles y miles de hombres unos contra otros, para que de los montones que formarán sus huesos salga el predominio de Francia ó el predominio de Prusia. Pero han pensado en los frutos que la Iglesia puede sacar de este cataclismo terrible? Han pensado á lo menos en las causas verdaderas, profundas del suceso que tiene suspenso al mundo? Creemos firmemente que no. Esos dos grandes ambiciosos, y acaso esos dos grandes criminales, que van á disputarse el imperio de Europa, son dos instrumentos de la mano invisible que guía por entre las tempestades de la tierra la inmovible barca de San Pedro. Y como instrumentos de una mano omnipotente, ignoran que, nuevos Atilas de una sociedad ingrata á las mercedes de su Dios, van quizá á arrasar los monumentos de la corrupción, á demoler la obra en que ellos mismos tuvieron gran parte, y á preparar ciegamente los caminos por donde ha de venir la verdad triunfante.

Tememos que la maldad de los hombres haya llegado á un punto tal que la misericordia de Dios sea sorda á las oraciones de los buenos. Pero á la vez creemos que para algo grande se habrá proclamado á la faz de un mundo incrédulo y materialista, la verdad solemne de la infalibilidad pontificia: y esta creencia mitiga nuestro temor y nos abre las puertas de la esperanza.

No es cosa que llama la atención ver cómo Francia y Prusia, deseosas de venir á las manos, han dejado trascurrir dos años sin cumplir su intento, en cuyo tiempo se ha celebrado el Concilio tranquilo y sosegadamente, y cómo al día siguiente de declararse la infalibilidad, rompen las hostilidades, precisamente cuando menos motivo había para ello? No es cosa particular que los Gobiernos todos estén á punto de intervenir en esa lucha colosal y que todos esos Gobiernos hayan visto con ojos hostiles ó recelosos ó indiferentes la celebración del Concilio á donde no ha ido ni un solo representante de aquellos?

El Concilio era la paz: allí iba á tratarse y se ha tratado de curar las llagas de esta sociedad que se revuelve en un verdadero lecho de espinas, de estigmatizar los errores que producen la guerra, de aplastar la cabeza del que todo lo perturba. ¿Qué hicieron los Gobiernos respecto de esta gran obra de pacificación y de civilización? Insultar, escarnecer y hostilizar á la Iglesia reunida en Concilio, y amenazarle si se atrevía á hacer definiciones peligrosas. Era, sí, obra de paz, y los Gobiernos la rechazaron, prestando que allí se trataba de encender la guerra. Y la guerra ha venido; en efecto, pero no es por la definición de la infalibilidad, sino porque los Gobiernos han desoído la voz del Vaticano; no es porque el Concilio hayan salido gritos de hostilidad, sino porque los Gobiernos

han rehusado, en su loca insensatez, la paz que el Concilio les ofrecía. ¡La Providencia es justa! ¡La historia es lógica!

El orgullo de los hombres no quiso la paz; pues tienen la guerra: sembraron la semilla de la desunión entre las naciones, de la insaciable ambición en los Gobiernos, de la rebeldía en todos, y ahora los hechos vienen á demostrar que la historia es un terreno fecundo y generoso que produce todo lo que en ella se siembra.

### II.

No hay en las grandes potencias de Europa un solo Gobierno que real y verdaderamente merezca el nombre de católico. Pero hay naciones católicas. Lo es Francia, lo es España, lo es Italia. El Catolicismo, pues, no debe esperar apoyo ninguno de los Gobiernos, si no es por razones de interés particular. En cambio, tiene derecho á esperar algo de las naciones, ó las naciones sucumben como sucumbirán sus Gobiernos.

La guerra actual, ¿es de nación contra nación, ó de Gobierno contra Gobierno? Sin tener en cuenta la probabilidad de que la guerra se generalice, y fijándonos solo en los dos ejércitos hoy beligerantes, volvemos á preguntar: ¿representan dos naciones ó dos Gobiernos? La contestación á esta pregunta será base para calcular los frutos que puede recoger el Catolicismo de los sucesos que ya han comenzado.

Para nosotros, los ejércitos beligerantes representan dos naciones y dos Gobiernos, solo que las naciones y los Gobiernos que representan no son una misma cosa, razón por la cual hay en este asunto intereses encontrados y sentimientos de índole diversa.

Francia es un pueblo católico; Prusia es un pueblo protestante y racionalista. Francia ha forzado á su Gobierno á sostener el poder temporal del Sumo Pontífice, Prusia ha mirado esta cuestión con indiferencia, sin embargo de los ataques dirigidos á Roma por los teólogos y filósofos anti-católicos de Alemania.

En este concepto, nosotros deseamos la victoria de Francia, porque sería la victoria de los pueblos católicos sobre los protestantes. Pero el pueblo francés y el imperio francés son cosas distintas. El imperio que empezó por solicitar el apoyo de los católicos y por satisfacer los sentimientos del pueblo francés, ha concluido por ser adúlador de la revolución y cómplice de las iniquidades de Víctor Manuel. Galicano y liberal, ha causado no pocas amarguras al Soberano Pontífice y á los Padres del Concilio, cuya libertad quería coartar con notas irreverentes y observaciones despreciables.

Desde este punto de vista, es tan insignificante la diferencia que hay entre el Gobierno francés y el prusiano, el cual por otra parte ha dado muestras de respeto y consideración á los católicos y á las órdenes religiosas, que no nos atreveríamos á decir cuál de los dos Gobiernos merece nuestras simpatías por razón de nuestro amor á la Iglesia.

Solo por el interés de esta Santa Madre anhelamos, y este interés nos hace sospechar que el triunfo de Francia sobre Prusia convendría, siempre que en ese triunfo fuese envuelta la derrota del imperio liberal.

Más quíen sabe si Dios quiere castigar duramente á las naciones católicas, porque conociendo la verdad no han sido del todo fieles á ella, y prepara la victoria de la Iglesia por medio de las naciones protestantes, en que el catolicismo va abriéndose paso con vigor admirable por entre las timbales del error y de la preocupación? Quién sabe si así como Inglaterra por medio de su ilustre Arzobispo, monseñor Manning, ha sido el primer paladín de la infalibilidad, Prusia será, por otro medio cualquiera, el amparo del derecho y el providencial escudo del Pontífice Romano, Cabeza visible de la Iglesia?

La cuestión es temerosa, los juicios de Dios inescrutables; pero dejemos que la esperanza sustituya al temor, exclamando, puestos los ojos en el cielo: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera*.

Parece extraño á algunos que todavía no haya habido una gran batalla entre Francia y Prusia, estratagemas que no significan ciertamente deseo de que se derrame sangre á torrentes, si no la natural impaciencia y ansiedad por salir de esta situación crítica y terrible, y empezar á ver claro en el conflicto de que pende humanamente la suerte de Europa. Pero aunque á primera vista parezca, dados los grandes medios de comunicación y transporte de que disponen las dos partes beligerantes, que las operaciones marchan con lentitud, se comprende que para mover y aprovisionar convenientemente los enormes ejércitos que se disputan la victoria, se necesita tiempo, calma y prudencia; y ninguno de los contendientes puede lanzarse á una empresa aventurada y peligrosa; enfrente de un enemigo formidablemente preparado.

En Francia, sobre todo, los impacientes empiezan á decir que se pierde un tiempo precioso, y recuerdan la rápida y decisiva campaña de Napoleón á principios del siglo. Géneos de la guerra como Napoleón I no los hay más que rara vez en la historia, cuando la Providencia los suscita para castigar los crímenes de las naciones. Napoleón III y sus mariscales no son los hombres del primer imperio.

Pero á más de esto, es preciso observar que las circunstancias no son hoy las mismas que en 1806. Entonces el primer Bonaparte, vencedor de los austríacos y rusos en Austerlitz, tenía un ejército muy superior al de Prusia, no solo por el número, sino por el valor de sus agueridas y siempre victoriosas huestes. Francia poseía la orilla izquierda del Rhin, cuyo río era la base de operaciones del Emperador, el cual era también casi dueño del Mein. Esto hacía que sin grandes dificultades, pu-

diese penetrar hasta el Elba, como lo hizo. Deshechos los prusianos en Jena, el conquistador llegó á Berlín, y Alemania fué suya.

Hoy Prusia es mucho más fuerte que el año 1806, y Francia lo es menos relativamente. El ejército de Prusia entonces no llegaba á 200,000 hombres, y hoy el rey Guillermo dispone de más de un millón de combatientes; y además Prusia tiene la orilla izquierda del Rhin, que si ha de ser dominada por los franceses, tiene que costarles mucha sangre.

Recordarán nuestros lectores que discurriendo días pasados sobre el punto eventual de ataque, decíamos que el Rhin, en la parte que es línea divisoria de Francia y Alemania, no serviría probablemente de lugar de combate. Detrás del Rhin se encuentra la Selva Negra todo á lo largo del ducado de Baden, y este no es terreno á propósito para batallas y méos de grandes ejércitos. Los franceses, pues, tienen que atacar la frontera de tierra de Alemania, esto es, la frontera de Prusia y Baviera, ó sea el Palatinado. Aquí el Rhin se aparta mucho de Francia, torciendo el curso al Norte; de manera que antes de llegar al Rhin, que en tiempo de Napoleón I era la frontera de Francia, los franceses tienen que apoderarse de las plazas de Tréveris, Sarrelouis, Landau y otras. Hecho esto, suponiendo que lo consigan, se encontrarán con el Rhin defendido por las formidables plazas de Colonia, Coblenza, Maguncia, Gernersheim y otras méos importantes; por trincheras, torres, minas y fortalezas y por un ejército poderosísimo.

Se comprende que en esto se ha de invertir mucho tiempo, y lo que es más triste, se ha de derramar mucha sangre.

Más corto y al parecer fácil sería para los franceses dirigirse al valle del Mein; pero siempre necesitarían apoderarse de Landau, Gernersheim, Maguncia y la fortaleza de Cassel: después, y antes de avanzar, tendrían que cubrir los flancos y la retaguardia del ejército, con un cuerpo bastante fuerte para evitar ó rechazar todo ataque, ya del Wurtemberg y Baviera, ya del Hesse y de Sajonia.

Todo, pues, hace pensar que las operaciones militares tienen que hacerse con lentitud de una y otra parte; mucho más si se tiene en cuenta lo difícil que es el abastecimiento de los ejércitos. Veinte ó treinta mil hombres podían tener esperanza de sostenerse en un país enemigo; pero, ¿cómo se puede mantener un ejército de 400,000 soldados y 60,000 caballos?

Aunque franceses ó prusianos tuvieran el plan de avanzar rápidamente en país enemigo, y aun suponiendo que unos ó otros ganasen una gran victoria, siempre necesitarían llevar víveres y provisiones para ocho, diez ó más días, el tiempo que pudieran tardar en hacerse dueños de una importante comarca; y puede calcularse lo que es preciso para abastecer una semana á medio millón de hombres.

Razones cuyo conocimiento no interesa á los lectores de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, obligan á *El Universal*, para fijar su actitud, á pronunciar la última palabra sobre la amnistía.

Hé aquí lo que *El Universal* llama su última palabra:

«No es cierto que el Gobierno haya aplazado expresamente la publicación de un decreto que llevaría el consuelo y la tranquilidad al seno de innumerables familias. Antes al contrario, sabemos que piensa publicarlo.

«En nuestro concepto, debe hacerlo cuanto antes, porque cada día que pasa se va haciendo acreedor á más justas censuras y á mayor número de mercedadas reconvenções.»

No podemos creer que sea cierta la noticia que dá un periódico de haber sido preso el señor barón de la Torre á consecuencia de los sucesos de Corolla. Aparte de que estos sucesos no tenían carácter político, según reconocen varios diarios liberales, estamos seguros, porque conocemos perfectamente á nuestro amigo el señor barón, que si intervino en ellos sería solo con el plausible objeto de poner paz entre los contendientes.

Por fortuna, repetimos, esta prisión no debe de ser cierta, pues anunciada por *El Universal* antes de ayer, no la hemos visto confirmada en ningún otro periódico.

Los periódicos de la Habana publican el despacho telegráfico que el Gobierno español comunicó al capitán general de Cuba al desaparecer de la escena la candidatura del príncipe Hohenzollern, causa de la presente guerra.

Hé aquí el texto del despacho.

«Desvanecida V. E. temores que hayan podido causar falsas noticias de alarma y pánico financiero. Príncipe Leopoldo retiró su candidatura. Todas las complicaciones han desaparecido. Excelentes relaciones con Francia.»

Extraño contraste, observa atinadamente un periódico, forma este conturbado despacho con el lisonjero que pocos días antes había dirigido á los gobernadores de provincia el ministro de la Gobernación y la confiada circular del ministro de la Guerra á los capitanes generales.

Pero bien mirado aún pueden servir de algo estas circulares, porque despedido del ejército prusiano el príncipe Hohenzollern Sigmaringen no tiene lugar la excusa que alegó para renunciar al trono de España y puede reclamarlo. Hasta ahora nada que sepamos ha hecho el príncipe para que tanto Prim como Rivero hayan dejado de tenerle por el mejor rey de los nacidos.

Los católicos-liberales no desisten de su oposición á la infalibilidad pontificia, porque esta haya sido declarada por el Concilio; solo han mudado de sistema. Si Francia retira sus tropas de Roma débese á la declaración Concilio, no á la necesidad de asegurarse aquella potencia la neutralidad amistosa de Italia.

Si el Gobierno austriaco declara roto un Concordato que antes de ahora había hecho trizas, débese á la declaración consabida, como si el protestante conde de Beust hubiera necesitado ir á los Padres del Concilio para burlarse cien veces de un convenio solemnemente celebrado entre la Santa Sede y el Gobierno austriaco.

En fin, hasta llega un periódico á temer por el resultado de las elecciones de Bélgica á consecuencia por supuesto de la declaración de la infalibilidad; pero con tan mala suerte ó poco tino que el mismo día en que ese periódico expresa sus recelos, se ha recibido en Madrid la noticia de la completa victoria electoral de los católicos belgas. Si nosotros viésemos las cosas desde el mismo punto de vista que nuestros adversarios, podríamos argüirles en favor del buen efecto de la declaración de la infalibilidad con el magnífico resultado de las elecciones de Bélgica. Pero librenos Dios de semejante cosa, que nosotros, ya veamos florecer los Estados y la religión católica, ya veamos sumidos á los primeros en mortíferas guerras y presa á la segunda de persecuciones sin cuento, siempre crearemos y proclamaremos en alta voz que el Concilio expuso la verdad y la verdad provechosa declarando infalible al sucesor de los Apóstoles, Vicario de Jesucristo en la tierra.

«¿Quiere el diario neo que se robe á los protestantes lo suyo para darlo á los católicos?» pregunta *La Nación*.

De ninguna manera. Bastáranos que no se hubiese robado á los católicos lo suyo para darlo á protestantes y protestantizados.

Convencido al fin *El Tiempo* de que Napoleón interna á los moderados y los envía más allá del *Dorduña*, exclama:

«No encontramos palabras bastante duras para censurar la cruel é injusta insistencia de nuestro Gobierno contra tan dignos españoles.»

No encontrando el periódico moderado palabras bastante duras para censurar al Gobierno español que pide las internaciones, no debemos extrañarnos que se valga de las más blandas, suaves y melifluas para ensalzar y enaltecer y adular al Gobierno francés que las lleva á cabo.

Ande con tiento el diario alfonsista porque corre riesgo de caer en desgracia en el palacio Basilewski, donde, según *La Epoca*, acaba de rechazarse por puro patriotismo el auxilio de 100,000 hijos de San Luis ofrecidos á la reina Isabel por unos cuantos moderados.

Nos escriben de Bayona:

«Aunque supongo que el telégrafo les habrá trasmitido el parte referente á la acción de Sarrebruck, se lo remito por el correo, tal cual ha sido comunicado oficialmente á los departamentos franceses.

Se han suspendido dos trenes en la línea de España y Francia, uno ascendente y otro descendente, porque de todas las líneas han mandado wagones, á las que comunican directamente con el ejército del Rhin. En cambio en los trenes *express*, se admiten desde ayer asientos de tercera clase.

Se espera de un momento á otro la noticia de un combate naval en el Báltico, mar del Norte. No es probable que la escuadra prusiana lo acepte; pero la francesa puede obligarla á pesar suyo.

«¿Cuál será la nueva táctica? ¿Qué efecto producirán las nuevas máquinas de guerra marítimas? Mucho se ha hablado de estas cuestiones: pero la solución definitiva solo se hallará en el campo de batalla.

Ha sentado muy mal en Francia el vaticinio imperial de que la guerra ha de ser larga, y por eso los periódicos refieren ahora mil anécdotas en las que aparece Luis Napoleón desmintiendo privadamente lo que ha dicho en público y de una manera tan solemne.

La verdad es que pocas guerras ha habido tan preparadas y tan escandalosas como la actual. Es propiamente un duelo á muerte entre dos naciones rivales, con la circunstancia de que Prusia ha llegado á ser rival de Francia por culpa de esta nación.

En los primeros días de la declaración de guerra, el Gobierno francés quiso proteger abiertamente á los carlistas; pero poco después se arregló con Prim y persigue ahora á todos los emigrados, sea cual fuere su color político. Ni entonces ni ahora se han movido los defensores de Carlos VII, y es una verdadera invención de *La Iberia* eso de que el movimiento estaba preparado para el 25 de Julio.

Con noticias de esta especie se va haciendo por la vida de la situación.

Parece que el conflicto provocado por la circular del duque de Grammont ha terminado, dándose por satisfecho el Gobierno español con las explicaciones del francés.

Ya que el agravio fué público, justo es que también vea la luz pública la satisfacción.

Algunos periódicos revolucionarios, y sobre todo los montpensieristas, se escandalizan de que tenga en España partidarios la idea de que el Congreso europeo resuelva nuestra cuestión dinástica.

Más debiera escandalizar á esos periódicos la revolución por ellos provocada, y que ha trastornado y envilecido á este país hasta el punto de que, sin esperanza de hallar remedio á nuestros males dentro de casa, haya españoles que á cambio de salir de este caos, estén dispuestos á aceptar el orden de manos del primero que lo traiga.

No podemos creer en la exactitud de la noticia que hoy da *El Eco de España* sobre la amnistía



Según este periódico, «se ha convenido en que se vayan concediendo amnistías individuales a todos los republicanos que lo soliciten;» pero solo a los republicanos.

Esto sería la proclamación de la ley de razas; y aunque de todo son capaces los revolucionarios, no les concedemos valor ni fuerza para cometer este atentado a la justicia.

El *Imparcial* publica hoy las siguientes partes de bien escasa importancia:

«BRUSELAS, 3.—(Oficial).—El Gobierno belga ha ganado las elecciones por algunos votos.  
PARIS, 2, (a las diez de la noche, recibido a la una de la tarde de hoy 3).—El emperador y el príncipe imperial han regresado esta tarde a las cuatro al cuartel general de Metz.

LONDRES, 2.—El Gobierno ha pedido a la Cámara de los Comunes un crédito suplementario a los presupuestos de Guerra y Marina de 2 millones de libras esterlinas, y un alistamiento de 20,000 hombres.

BRUSELAS, 2 (a las doce de la mañana, recibido a las dos de la madrugada de hoy, 4 de Agosto).—Via Cabo. El corresponsal de Metz de la *Independencia Belga*, asegura que positivamente se verificará la primera batalla del 6 al 8 del actual. Cartas particulares de París confirman aquella suposición.

El domingo último tomó posesión de su cargo la Diputación del señorío de Vizcaya.

Al salir de la iglesia, donde se celebró la función religiosa de costumbre, fué aclamada a los gritos de «¡viva la Religión!» «¡vivan los Fueros!» «¡viva la Diputación!»

«¡Dichoso país!»

Un nuevo y glorioso triunfo acaban de obtener en las elecciones nuestros hermanos los católicos de Bélgica.

Según un telegrama oficial, que en otra parte publicamos, los católicos llevan al Senado una mayoría respetable y una gran mayoría a la Cámara popular.

Desde 1830 no ha habido en Bélgica una elección tan importante como la que acaba de verificarse el 2 de Agosto actual.

Del resultado de esta lucha dependía hasta el porvenir y la independencia de Bélgica que no podría conjurar los peligros exteriores que hoy la cercan manteniendo en su seno la discordia de los partidos alimentados por el liberalismo y el empuje de malas pasiones que desencadena. ¿Cómo habría de reunir toda su fuerza para oponerse a una invasión posible si el espíritu religioso era atacado por el Gobierno, enfriando de este modo el sentimiento más popular y más enérgico del pueblo belga? ¿Cómo se levantaría unánime la nación a defender la patria si estaba desgarrada por las fracciones políticas y las miserables luchas de un parlamento revoltoso y anárquico?

Gracias a Dios, el triunfo ha sido para los católicos, a pesar de los infames manejos de que hoy como nunca han echado mano los liberales de aquel país, parientes muy próximos, por lo visto, de los liberales españoles.

Bélgica está dando pruebas de un año a esta parte, de una virilidad, de una energía católica que es, a no dudar, augurio y aun comienzo feliz de la nueva era de triunfos que Dios tiene reservados para su Santa Iglesia.

Que aprendan los católicos españoles; que aprendan todos los católicos de Europa. La perseverancia de los belgas, aun en medio de las mayores persecuciones, ha sido al fin recompensada con una magnífica victoria.

La *Discusión* es verdaderamente liberal. Su política es la de la mala fe, única que conoce y practica el liberalismo.

Hay cosas que hechas son detestables, pero que dichas son repugnantes. Por ejemplo: faltar a un tratado, romper una promesa, engañar a un Gobierno, ser traidor, son cosas feas cuando se hacen; pero ¿qué son cuando ante dicen con jactancia y regocijo?

Sabemos todos que Víctor Manuel, si puede, se hará dueño de Roma, a pesar de todos los tratados y de todas las promesas del mundo. Sospechamos que la ocupará con la excusa de defenderla, pero con el fin de conquistarla.

Lo que no sospechábamos siquiera, aunque de los liberales lo sospechamos todo, era que un periódico se atreviese a escribir tranquilamente estas líneas:

«Asegúrese que el Gabinete de Florencia ha dirigido al Gobierno de Francia una muy satisfactoria declaración por la que a Roma respecta. Todo esto viene a ser, en último resultado y por valerosos de una frase vulgar, cumplimientos sin gota de cera.

Víctor Manuel, como su Gobierno, como la generalidad de los italianos, trabajan de mucho tiempo atrás para realizar la unidad italiana. ¿Cómo habían de perder ahora la ocasión que se les viene a las manos?

Convenidos: que no mande un ejército a conquistarla, pero lo mandará a defenderla, que es lo mismo.

Creíamos que la infame política del engaño no merecería la aprobación pública de un diario, si quiera fuese como *La Discusión*. Pero nos equivocamos. El disimulo de los liberales solo dura mientras les conviene engañar al vulgo con sonoras palabras de dudosa significación. Cuando han conseguido su intento, arrojan la careta y se presentan tales como son, horribles como el crimen elevado a sistema.

Morcen conocerse los siguientes párrafos de un largo artículo que acerca de las internaciones publica hoy *El Eco de España*:

«Fuerzas con este íntimo convencimiento, y en la seguridad de que no se podrá llevar el contrario de buena fe y sin faltar a la verdad, al fin de nadie; apoyados además en el derecho que las leyes de la hospitalidad dan a cuantos se acogen a un amparo y no faltan en lo más mínimo a los deberes que esas mismas leyes imponen; los señores conde de Cheste y Calonge, protestaron contra la orden que se les acababa de comunicar, manifestando el primero que deseaba volver a España, prefiriendo a tan injustificados rigores los que pudiese hacerle sufrir la revolución en su patria; y asegurando el

segundo que sólo cedería ante la fuerza material, cuando se emplease para hacerle salir de donde se halla, sin faltar en nada a las leyes de la hospitalidad francesa.

Aquí hay un doble incidente que es muy digno de ser notado y de consignarse para memoria y de saludable enseñanza. El señor conde de Cheste pidió al cónsul español el pasaporte para volver a España; el cónsul se tomó tiempo para consultar a su Gobierno, y según noticias que tenemos por muy exactas, su pretensión ha sido negada por el general Prim. El general Calonge, en vista de la insistencia del subprefecto, pidió al cónsul español la protección que debe a sus nacionales contra la violencia de un Gobierno extranjero; pero el cónsul le contestó: que por su gran importancia política no podía protegerle, con gran sentimiento suyo; pero que ponía a su disposición un pasaporte para regresar a España, si le convenía. A tan sorprendente contestación replicó el general Calonge que puesto que, según el mismo cónsul, el pabellón español no alcanza a cubrir lo que se llama su grandeza política, contra un atropello extranjero, se defendería el mismo hasta donde alcanzase, declinando la responsabilidad del suceso sobre el cónsul; pues no había de consentir (el mismo señor general) que por debilidad quedaran abandonados ante nadie sus derechos de ciudadano español.

Los moderados tienen bien merecido este pago, y carecen de derecho para quejarse. Si hubiesen observado análoga conducta cuando el general Prim y sus amigos se hallaban en la frontera, conspirando a la vista de todo el mundo, si cuando el Sr. O'Donnell, ahora tan oficioso para enseñarles con los emigrados, pedía a esos mismos, cuya internación ha conseguido, que le reconocieran la cesantía y le dieran las pagas, a pesar de hallarse en el extranjero, hubieran cumplido inexorablemente lo que disponía la ley y le hubiesen negado aquel socorro que necesitaba para seguir conspirando contra ellos y contra la reina; si cuando el Sr. Martos pidió licencia para venir a España a acompañar a su esposa recien parida le hubiesen dado la respuesta que se acaba de dar a los ilustres emigrados de ahora, tal vez no sucedería todo lo que sucede, y cuando menos, habrían sido un poco más considerados con la desgracia los que hoy hacen gala de no tener para ella miramiento alguno; de todos modos, no habrían hecho más que lo que hacen, y cabría el consuelo de saber que tal rigor estaba justificado.

El Gobierno francés ha sido tanto más sorprendido cuanto que se le ha presentado como peligrosos a hombres de quienes dentro ni fuera del poder nada ha tenido ni tenía que recelar; cuyos amigos en España sostienen con todas sus fuerzas el deber de conservar la más estricta neutralidad desde la esfera del poder, en la guerra actual, no ocultando a veces en el seno de la confianza sus simpatías individuales en favor del imperio, el que debe persuadirse de que su existencia está íntimamente enlazada con los partidos conservadores de toda Europa, porque ellos representan el principio monárquico, el de autoridad y el de prudente libertad, tan lejos de la anarquía como del despotismo; mientras así se conducen y opinan nuestros amigos, los órganos en la prensa de los hombres de Setiembre, a quienes con la referida medida se acaba de complacer, manifiestan sin rebozo sus simpatías prusianas y no desperdician ocasión de zaherir y morder al Gobierno imperial y a su más alta representación. Los que en estos momentos han encontrado eficaz apoyo en París, son los mismos que han ocasionado la guerra, y de quienes tan duramente ha hablado el duque de Grammont: Bismark debe de estar satisfecho: se encuentra bien servido en todas partes.

Tomamos de los periódicos de anoche las siguientes noticias:

«No es cierto que el Sr. Moreno Benítez vaya a ser nombrado consejero de Estado en la vacante que ha dejado el Sr. Montilla. Hace tiempo que se consultó al Sr. Moreno Benítez si aceptaría un puesto en el consejo de Estado y se excusó en frases terminantes.

—Parece que el general Prim saldrá a mediados del presente mes para los baños de Alzola, en donde permanecerá unos quince días.

—En el alboroto ocurrido ayer en Corella, algunos vecinos, al ver que la autoridad protegía a dos vecinos de Alfaro, contra los cuales se habían amotinado, atacaron a la misma autoridad que tuvo que resistir y defenderse.

—Esta misma tarde ha regresado a Avila el gobernador de aquella provincia, después de conferenciar con el Sr. Rívera y adoptar entre ambos algunas medidas para la persecución de criminales.

—La escuadra española del Mediterráneo llegará a Mahón antes de tres días si no ocurre novedad alguna.

Ayer recibimos el siguiente despacho:

«CADIZ, 3.—Hoy ha entrado en este puerto la goleta *Ligera*, dejando la escuadra del Mediterráneo en la embocadura del Estrecho con dirección a las Baleares.

Ayer anunciaban los vendedores de papeles públicos dos extraordinarios: uno en que se anunciaba la entrada de los franceses en territorio prusiano y otro en sentido contrario. Estas encontradas versiones han dado lugar a que el público se quede sin saber la verdad.

Ayer da cuenta *La Correspondencia* de otra escena sangrienta ocurrida anteanoche a las nueve en la casa número 16 de la calle de Rodas, de la que resultó el homicidio de Josefa Martínez, a causa de una herida en el corazón, y heridos de gravedad un hermano de aquella llamada Esteban y otra mujer llamada Telesfora Mollan, así como levemente en la mano derecha el guardia del ayuntamiento número 204 Modesto Morcillo, que consiguió, con exposición de su vida, apoderarse del causante de estas desgracias en el acto de acometer con un cuchillo de grandes dimensiones al hermano de la que ya era cadáver.

Los heridos, según dicho periódico, fueron curados en la casa de socorro del tercer distrito, y trasladados después a su casa.

Ayer se recibió el correo directo de la Habana con noticias que alcanzan al 15 de Julio, y por tanto adelantadas quince días a las recibidas por Nueva-York que ayer publicamos.

«Para solemnizar las victorias ganadas por nuestras tropas contra los insurrectos, los periódicos ilustrados de la isla, como *Juan Palomo*, *El Moro Muza* y la útil revista titulada *La Quincena*, publican los retratos, perfectamente hechos, de los caudillos de las tropas españolas. La *Quincena* publica en su primera página los retratos del general Caballero de Rodas, de los brigadieres D. Adolfo Morales de los Rios y D. Ramon Fajardo, del coronel de caballería D. Ramon Mendinueta, y del coronel graduado D. Enrique Trillo.

—Al regreso del general Caballero de Rodas a la Habana, después de haber permanecido tres meses y medio en Puerto-Príncipe, ha quedado pacificado este departamento, que parecía el único refugio de la insurrección.

Del territorio de las Cinco Villas también se tie-

nen las mismas favorables noticias, lo mismo que del departamento Oriental, donde el conde de Balmaseda organizó y llevó a efecto una magnífica batalla contra los insurrectos de Gomez, obteniendo los más lisonjeros resultados.

Estas son las noticias principales; las demás carecen de interés después de las que publicamos ayer.

Los periódicos liberales han dado estos días en hablar de los carlistas.

«No nos importan, dice uno de esos periódicos, sus conspiraciones y alharacas, ni sus proyectos de rebelión, pero si nos interesa mucho que usen de la libertad para perseguir a los liberales allí donde cuentan con la garantía del mayor número.»

Pierda cuidado el periódico liberal, que así donde los carlistas sean en mayor número como donde sean los menos, serán siempre los paganos.

Varios periódicos revolucionarios ponen el grito en el cielo, porque el Gobierno no persigue a los que estafan al publico con la publicación de noticias falsas.

Malo es este fraude, pero no lo es menos el que los revolucionarios han cometido con el pueblo engañándole con la famosa revolución setembrina. Y sin embargo, lejos de castigarse este engaño, se premia con prodigalidad.

Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores, que anteayer fué puesto en libertad, bajo fianza, después de treinta y dos días de cárcel, D. José Rodríguez Lapedra, director de *El Papello*, encausado por un artículo publicado en dicho periódico.

Nos escriben de Salamanca con fecha 29 de Julio, dándonos cuenta del entusiasta recibimiento de que ha sido objeto en aquella ciudad su ilustre Prelado, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Joaquín Lluc y Garriga, que tan merecido renombre ha sabido conquistarse en el Concilio Ecuménico. La llegada de la diligencia que conducía al esclarecido viajero coincidió con la de las corporaciones allí reunidas que manifestaron su gozo y gran satisfacción al saludar a su Prelado. Las calles y plazas se hallaban animadimas, y era tal la concurrencia que se agolpó a la carrera, que hacía imposible el tránsito de carruajes. Felicitamos sinceramente a los salmantinos por este nuevo testimonio de su religiosidad, que por fortuna se encuentra vivo aun en la mayor parte de los pueblos de España.

Refiriéndose el anuncio publicado ayer en la *Gaceta* sobre la necesidad de pasaporte para viajar por Francia, dice con razón un periódico:

«Después de este anuncio, parecía natural que el ministerio de la Gobernación dijese, si, como ya hemos preguntado, las cédulas de vecindad serán suficientes sea con un refrendo de la embajada francesa, sea con cualquier otro requisito para viajar por el vecino imperio, ¿si es de absoluta necesidad obtener un pasaporte en regla, y en este caso a qué autoridad habría que acudir al efecto.

«Sin duda el señor ministro no ha tenido presente que esta ignorancia en que nos deja puede ocasionar perjuicios de consideración a las personas que, teniendo necesidad de salir para Francia con urgencia, tendrán que perder un tiempo precioso en averiguar qué clase de documento necesitan para viajar en aquel país y a qué autoridad han de acudir para obtenerlo, pues aunque a nosotros nos son conocidos los trámites antiguamente en práctica, pueden no serlo de un gran número de personas; ¿pueden modificarse de acuerdo con la embajada francesa?»

El *Diario de Barcelona* del 2 trae la siguiente noticia:

«Ayer corrió la voz de que había fallecido el excelentísimo é ilustrísimo Sr. D. Antonio Claret y Clará, Arzobispo de Trajano, *in partibus infidelium*. Hemos procurado averiguar la verdad de esta noticia, y lo que hemos indagado ha sido que el exconfesor de doña Isabel de Borbon se halla enfermo de suma gravedad, ofreciendo pocas esperanzas de vida.»

Pedimos a Dios el restablecimiento del virtuoso Prelado, si le conviene.

El mismo periódico dice que el Ilmo. Cabildo de aquella santa iglesia ha nombrado por unanimidad Vicario general capitular sede vacante al M. I. señor Dr. D. Juan de Palau Soler y Bonet, Canónigo de la misma santa iglesia y Vicario general que fué en los dos anteriores Pontificados; y asimismo ha nombrado para el cargo de Económico de la Mitra al M. I. señor Dr. D. José Morgades y Gil, Canónigo de la propia santa iglesia.

En la mañana del 12 de Julio último debían salir a tirar al blanco todos los buques nacionales de alto bordo y tres cañoneras surtos en la bahía de la Habana.

Erán las seis, y se hallaba ya embarcado en la *Almansa* el comandante general del apostadero, señor Malcampo, cuando en el momento de zarpas rompió la válvula del tubo de descarga de la máquina de dicha fragata, cuyo diámetro es próximamente de medio metro.

Aunque el agua entró en abundancia en la bodega, la bomba trabajó en seguida, y con el auxilio de un vapor remolcador y de un cañonero fué conducida la *Almansa* a los bajos arenosos de Triscornia, para, embarrancando, evitar que el buque se fuera a fondo.

La *Almansa*, navegando en otra ocasión al Sur del Atlántico, al mando del capitán de navío don Victoriano Sanchez, sufrió otro percance de igual índole, que también fué remediado instantáneamente.

Hoy sale para San Ildefonso la embajada china; mañana será recibida oficialmente por el regente, y el domingo asistirá a un banquete a que la ha invitado S. A. En la tarde de este último día correrán las fuentes, y por la noche habrá iluminación en los jardines.

La *Discusión* habla de un buque cargado de armas, que anteayer se presentó en las aguas de Valencia. El diario republicano cuelga el milagro a los carlistas; con igual razón podríamos nosotros colgarlo a los amigos de *La Discusión*.

## CORREO DE HOY.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la siguiente importante carta que publica *El Univers*:

FLORENCIA, 30 de Julio.

«El conde de Arnim, embajador de Prusia en Roma, acaba de pasar por Florencia, de donde ha salido inmediatamente para Berlín. Ya se sabe cuales son los términos del *casus belli* propuesto por el Gobierno prusiano al de Víctor Manuel: «toda ocupación de los soldados italianos en el territorio romano que tienda a reemplazar la guarnición francesa, será considerado por el Gabinete de Postdam como una ruptura de la neutralidad y un socorro indirecto a Francia.»

Aquí procuran evitar un rompimiento, diciendo que las tropas italianas no entran en el territorio pontificio y que la retirada de las tropas francesas es un acto espontáneo del Gabinete de las Tuilerías, en el cual no ha tenido parte alguna el Gobierno italiano. Esta es una razón que no satisfará mucho a Prusia, pero que la tendrá por buena hasta la primera gran batalla.

Hace algunos días llamé la atención de sus lectores, diciéndoles que la escuadra inglesa se acercaría al litoral pontificio. El embajador de Prusia, antes de salir de Roma, fué al Vaticano, en compañía del Sr. Russell, encargado oficioso de Negocios de Inglaterra, y rogó al Papa que tuviera presente que, desde el momento en que la bandera francesa desapareciera de sus Estados, dos buques de guerra ingleses se estacionarían permanentemente en Civita-Vecchia a disposición de Su Santidad.

No creo prudente decir hoy más sobre este asunto. Lo que digo bastará para comprender una circular del conde de Bismarck, sobre la cuestión de Roma, que debe publicarse muy pronto.

La escuadra inglesa no está ya en el litoral romano: ha dejado los dos buques a que me he referido, y ha desaparecido. No se sabe a donde va, pero en nuestras regiones oficiales parece que se teme que vaya a Sicilia.

Se cree así, al ver la precipitación con que se ha enviado a Palermo al general Medici, gobernador civil y militar de la isla, que estaba aquí con licencia y que esperaba largas vacaciones. No solo ha salido a toda prisa, sino que por telégrafo se ha mandado que el partido ministerial le haga una ovación a su llegada.

Italia no está en guerra con Inglaterra, si bien las dos potencias no han podido entenderse para la liga de las neutrales; de manera que parece no debería temer mucho la aparición de la escuadra inglesa en las costas de Sicilia. Pero da la casualidad que en todo tiempo la vista de la bandera inglesa ha sido un aliciente para los revolucionarios sicilianos. Así sucedía en tiempo de los Borbones, y se teme que así sea en tiempo de Víctor Manuel, que ha sembrado abundantemente el descontento en la isla.

Los tres comandantes en jefe de los cuerpos de ejército que Italia va a movilizar, se han reunido en consejo esta mañana. Son los generales Cadorna, Pianelli y Pettinengo. El duque de Aosta está aquí desde hace algunos días. Se ha enviado a Venecia orden para armar a toda prisa tres buques acorazados.

La *Riforma*, órgano de la izquierda parlamentaria, declara en su número de hoy que si los franceses se retiran de Roma sin que el Gobierno italiano ocupe su capital, Víctor Manuel y su dinastía están perdidos. El rey no mantiene, dice, los compromisos del plebiscito, y el pueblo recobra entonces sus derechos y debe prepararse a subir al Capitolio sin el rey.

El embajador de Prusia en Italia, Sr. Brassier-Saint-Simon, ha salido de Florencia. Corren diversos rumores sobre la causa de este hecho. Según *L'Unità*, cuyas noticias están conformes con las de la carta del *Univers* que dejamos copiada, Prusia empieza a inquietarse de la alianza que parece concertada entre Italia y Francia, y ha hecho saber al Gabinete de Florencia, que la entrada del ejército italiano en el territorio pontificio para sustituir a los franceses, será considerada como contraria a la neutralidad.

La salida del embajador se interpreta como un principio de ruptura entre ambos Gobiernos.

El ministro de Prusia en Roma se ha mostrado muy complaciente con los súbditos prusianos que están al servicio del Papa, dejándolos en libertad de continuar en Roma o de volver a su patria a incorporarse a la *landwehr* a que pertenecen.

Parece confirmarse la noticia de que el Gobierno austriaco ha influido más que el italiano para que los franceses abandonen el territorio pontificio.

Hasta el 27 de Julio, día en que empezó la evacuación de Roma por las tropas francesas, no supo el Gobierno pontificio que el francés había tomado esta medida. Semjante conducta ha disgustado mucho a Su Santidad.

Dícese que Víctor Manuel ha escrito al Papa, asegurándole que las tropas italianas cumplirán su deber, y que no es de temer una violación del territorio pontificio.

También se dice que Napoleón ha escrito a Víctor Manuel, declarando que ponía bajo su responsabilidad particular la seguridad del Estado Pontificio. Créese que Víctor Manuel, personalmente, no tiene grandes deseos de Roma como capital.

El Gobierno pontificio ha dirigido a sus agentes en el interior y exterior una declaración de neutralidad absoluta en la presente guerra.

El 1.º de Agosto se cantó en Roma, en la iglesia de San Pedro ad Vincula, un solemne *Te-Deum* por la definición de la infalibilidad.

Dice una carta de la frontera franco-prusiana: «Nuestros bravos soldados (los franceses) fueron el sábado al hospital Napoleon de Thionville, a buscar medallas, escarapulas y cruces: en toda la ciudad no se veía otra cosa.

En cuanto se supo que todavía quedaban objetos religiosos, nuestros soldados asediaron materialmente el hospital durante todo el día, habiendo escenas conmovedoras entre ellos y las santas Hermanas de San Carlos de Nancy que sirven el hospital. En esta ocasión volveremos a ver lo que se vió en el campo de batalla de Solferino; las hermanas, re-

ligiosas de la misma orden, en el campo austriaco y en el francés, acudían durante el armisticio a cuidar y levantar los heridos del campo de batalla, dándoles el saludo cristiano: *¡Alabado sea Jesucristo!*, y después de haberles dirigido palabras edificantes, se retiraban a los sonos del tambor y del clarín, esperando que el cañón hiciese nuevas víctimas.

Se está creando, para formar parte del ejército francés un cuerpo de obreros poveros, cuya misión especial será la de abrir pozos para proveer de agua a los hospitales de sangre doquiera que se establezcan.

Este cuerpo se organizará con arreglo al modelo del que se encuentra en Africa.

El ministerio del Interior de Francia ha comunicado a los periódicos de París, entre ellos al *Telégrafo autógrafa*, las noticias siguientes:

«Afluyen las provisiones en el cuartel general. Se hacen rápidamente los desembarques y almacenajes de los útiles y municiones de guerra y boca. El país surte en abundancia al ejército de carnes y legumbres frescas, y la administración militar se encarga de preparar unas y otras a fin de que se conserven en buen estado.»

—Según dicen los desertores prusianos, las tropas de este país sufren mucho por falta de mantas y tiendas de abrigo, de que está perfectamente surtido el ejército francés.

—Por iniciativa del emperador se ha resuelto la supresión del chaqué. Esta medida ha sido muy bien acogida por el ejército y se llevará a efecto dentro de pocos días.

—A medida que las tropas del ejército del Rhin van llegando a los puntos de concentración, reciben una indemnización extraordinaria hasta tanto que empiecen a suministrárseles los víveres de campaña.

—No se señalan más que hechos de armas sin interés entre los puestos avanzados de ambos ejércitos. Parece, no obstante, que sorprende a los prusianos el alcance de las armas francesas.

—La Guardia móvil cuya organización se está continuando con gran actividad, está llamada a prestar grandes servicios en el ejército activo.

—El intendente general, M. Robert, encargado del servicio de heridos, acaba de adoptar una disposición muy ingeniosa.

Ha hecho preparar en todos los wagones aparatos a propósito para suspender hamacas de los mismos. De este modo se ganará mucho tiempo en la formación de hospitales ambulantes de sangre. Habrá constantemente en las extremidades de las líneas ferreas 400 ó 500 wagones dispuestos en la forma indicada.

—Las avanzadas bávaras se han replegado sobre el río Lauter.

—Ayer el emperador hizo felicitar a la compañía del ferrocarril del Este, por la celeridad maravillosa con que han efectuado el transporte de tropas y de material a las orillas del Rhin. Dos agentes de esta compañía, MM. Laborier y Maupetit, han sido agraciados con la Legión de honor.

—Es satisfactorio el estado de los militares heridos en el accidente del ferrocarril acaecido en Parignieu.

Dicen de París:

«Apenas se ha empezado la guerra, y se habla ya aquí de la victoria. Se nos asegura que más de 130 himnos de triunfo han sido depositados en el ministerio de la Gobernación.»

Un viajero que ha llegado recientemente de Alemania dio a la *Presse* de ayer detalles acerca de una especie de intriga que se está realizando en torno del rey Guillermo. Esta consiste en que si la primera batalla fuese desfavorable a la Prusia, el rey abdicaría en favor de su hijo, quien destituiría a M. de Bismarck. Se invocaría la generosidad francesa para con el joven rey, y se permitiría a la Prusia tomar aliento.

## ÚLTIMA HORA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

ORIGEN FRANCÉS.

PARIS, 4.—El último parte del general Leboeuf, fechado ayer a las tres de la tarde, dice que las tropas francesas están acampadas en las alturas de Saarbruck, que fueron tomadas el martes.

El diario oficial publica un despacho de M. de Grammont, contestando a la circular de M. de Bismarck. En ella cita nuevos hechos, que demuestran que M. de Bismarck no ha cesado de aconsejar a Francia la anexión de Bélgica.

TOLON, 3.—El asta de la bandera del vice-consulado de España, que fué arrancada en un alboroto popular, ha sido repuesta hoy, presenciando el acto los delegados del ministro de Negocios extranjeros y los del embajador de España.

PARIS, 3.—En la Bolsa se han cotizado a última hora:

El 3 por 100 francés, a 66-85  
El 4 1/2 por 100 id., a 97-75.  
El 3 por 100 interior español, a 21 3/8.  
El 3 por 100 exterior id., a 24.  
El 3 por 100 id. id. 1867, a 24 1/2.  
El 3 por 100 id. id. 1869, a 23.

LONDRES, 2.—Consolidados ingleses, de 88 3/4 a 7 1/8.

### BOLSA DE HOY.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 93-75, 85 y 90; a plazo, 13-85 fin cor. fr.  
Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 25-95, 26-00 y 25-95; pequeños, 26-00.  
Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 65-25.  
Acciones de carreteras generales 6 por 100 anual, de 31 de Agosto de 1852, de 2,000 rs., publicado, 62-00.  
Obligaciones generales por ferrocarriles de 2,000 reales, publicado, 46-00 y 46-25.  
Idem, id. id. (nuevas) de 2,000 rs., publicado, 44-75, 90 y 45-00; no publicado, 45-10.  
Acciones del Banco de España, de 2,000 rs.; a plazo, 131-25.



## POLÍTICA. MENUDA.

«Como síntoma digno de reflexión toman algunos de nuestros colegas la actitud en que se han colocado recientemente *La Política* y *La Iberia*, diarios unidos hasta hace poco con lazos de cordial inteligencia y de amistad recíproca. Aún recordamos los días en que se comentaban con inefable fruición el uno al otro, viniendo a ser dos periódicos diferentes en lo exterior, y cuasi idénticos en espíritu, en propósitos y en tendencias.»

Cuando ciertos respetos hacia el público vedaban el hablar de un modo terminante, las insinuaciones, las reticencias y las medias palabras servían de nexo a los dos coherederos que parecían llevar el intento de constituir una especie de puente con doble arco a fin de que un candidato tenaz atravesara con menor peligro el abismo de la opinión que le era hostil por completo. Entonces era cuando *La Iberia* se negaba a repetir la fórmula que había expuesto el año pasado; en un instante de entusiasmo febril y de alucinación mental, de que prefería siempre la república al duque de Montpensier. Entonces era cuando *La Política*, en sendos artículos, y en largos sueltos de su edición segunda, elevaba hasta más allá de las olímpicas estrellas el talento, la prudencia y las prendas insignes de gobierno y de mando que adornaban al entonces ministro de la Gobernación, Sagasta.

El fin del segundo periodo de las Cortes Constituyentes se acercaba. Trabajosa cruda guerra y dióse la batalla campal entre los partidarios de la interinidad y los adversarios de ella. Izquierdo y otros montpensieristas figuraban en el primer grupo. *La Iberia*, aunque progresista, se puso de su parte, y hubo días en que esperaba todo el mundo una declaración franca de una conducta ambigua en la forma, pero decisiva en el fondo. Temióse que el antiguo ministro de la Gobernación se despidiese del presidente del Consejo, desatándose para mejor guerrear por cuenta propia y con mesnada suya en pro de quien le fuera más grato. *La Política* era toda aplausos para el ministro de Estado.

No han sido muchos los sucesos trascurridos desde que esto aconteció, y sin embargo, las cosas han cambiado casi del todo. ¿Por qué? ¿Con cuál ocasión? ¿Para qué fines? No es fácil que nosotros podamos averiguarlo. Pero lo cierto es que la actitud de *La Política* y la consecuencia están de parte del diario vicarista. *La Iberia* tiene la ventaja de aproximarse más y más a lo que fue su antiguo ideal y su fuente de inspiración: la Tertulia progresista.

«Habrán concluido los celos y las rivalidades de privitya entre el antiguo director del colega y el actual presidente de las Cortes? Lo ignoramos. ¿Ha triunfado el primero en la lucha sorda de meses hace entablada? Lo ignoramos. ¿Sabemos únicamente que *La Iberia* es amiga entusiasta de la interinidad. Sabemos que el Sr. Ruiz Zorrilla no quiere venir de Cobarrubias y que el señor Sagasta ha vuelto a los brazos, y es de suponer que al carño, del general Prim.

Esto acaso explique por qué *La Política* elogia ahora al Sr. Zorrilla y critica con dureza al Sr. Sagasta.

«El Sr. Madrazo está encargado de redactar el dictamen de la subcomisión de las Cortes acerca del *memorandum* de los unionistas. Parece que hasta dentro de dos o tres días no podrá terminar su trabajo el señor profesor de economía, que no usa mucha de tiempo. Alguien supone que esa tardanza obedece al deseo de que al fin venga el Sr. Ruiz Zorrilla a la comisión, a cuyo efecto se le han mandado nuevas y reiteradas invitaciones.

«Nosotros seguimos creyendo que el presidente de las Cortes no vendrá. De la misma opinión es *La Correspondencia*, según nos dice anoche en esta forma:

«Con referencia a personas muy autorizadas, podemos advertir que no son ciertos los rumores que indican algunos periódicos sobre la organización de un Gabinete puramente progresista.»

El Sr. Zorrilla es hombre de carácter y de energía; lo hemos dicho en su obsequio muchas veces. (El Pueblo).

## NUEVA NOTA DE BISMARCK.

M. de Bismarck ha dirigido a los representantes de la Confederación alemana del Norte el despacho siguiente:

«BERLIN, 29 de Julio.—Lord Granville y M. Gladstone han expresado en el Parlamento inglés la esperanza de que las dos potencias interesadas respecto del proyecto de tratado, harían comunicaciones ulteriores acerca del mismo. He contestado con una comunicación, fecha de 27 de Julio, dirigida por telegrama al conde de Bernstorff. La forma telegráfica no me permitía más que una breve exposición y el completo hoy por escrito.

El manuscrito publicado por el *Times* no es la única proposición que se nos haya hecho en este sentido por Francia. Ya antes de la guerra de Dinamarca, agentes franceses ocultos y no ocultos, hicieron tentativas para inducirme a una alianza entre Francia y Prusia con objeto de obtener engrandecimientos recíprocos.

No necesito hacérselo observar: la confianza del Gobierno francés en la posibilidad de semejante transacción con un ministro alemán, cuya posición es una consecuencia de su acuerdo completo con el sentimiento nacional alemán, no puede explicarse sino por el hecho de que los hombres de Estado de Francia no conocen las condiciones fundamentales de la existencia de los otros pueblos.

Si los agentes del Gabinete francés se hubiesen tomado el trabajo de observar las relaciones alemanas no se habrían entregado nunca en París a la ilusión de que Prusia aceptase arreglar los asuntos de Alemania con ayuda de Francia. Sabéis tan bien como yo la ignorancia de los franceses respecto de Alemania. Los esfuerzos que hace el Gobierno francés para ejecutar sus intenciones ambiciosas respecto de Bélgica y las fronteras ruinas con ayuda de la Prusia, los he palpado antes de 1862, y de consiguiente, antes de encargarme de los negocios extranjeros.

No pude considerar como un deber comunicar al departamento de las negociaciones internacionales esas indicaciones que no tenían sino un carácter puramente personal, y creí deber retener documentos interesantes, y que procedían de conferencias, y cartas privadas que podría producir para ilustrar ese asunto.

Con el objeto de influir en la política europea, las tendencias arriba mencionadas del Gobierno francés se manifestaron, primero, por la actitud que observó la Francia en nuestro favor en el conflicto prusiano-danés. La irritación que Francia mostró después contra nosotros con motivo del tratado de Gastein, estaba en relación con el temor de que la consolidación de una alianza duradera entre Prusia y Austria, hiciese perder al Gabinete de París los frutos de su actitud.

Ya antes de 1865 había contado Francia con la esplosión de una guerra entre nosotros y la Austria, y se acercaba a nosotros en cuanto nuestras relaciones con Viena amenazaban turbarse. Antes de estallar la guerra de 1866 se nos hicieron proposiciones, en parte por parientes del emperador de los franceses, y en parte por agentes confidentiales. Esas proposiciones tendían siempre a transacciones para procurar engrandecimientos recíprocos.

Una vez se trataba del Luxemburgo o de la frontera de 1814 con Landau y Sarrelouis; otras de objetos más extensos, de los que no se hallaban excluidos la Suiza francesa y la cuestión de si debía trazarse en Piamonte la frontera, tomando la lengua por base.

En 1866 tomaron esas insinuaciones la forma de una proposición en regla para una alianza ofensiva y defensiva. Ha quedado en mis manos el extracto siguiente de este proyecto:

«1.º En caso de Congreso, proseguir de acuerdo la cesión del Veneto a la Italia y la anexión de los ducados daneses a Prusia. 2.º Si el Congreso no da resultado, alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Prusia. 3.º El rey de Prusia principiará las hostilidades a los diez días de haberse separado el Congreso. 4.º Si el Congreso no se reúne, Prusia atacará en los treinta días después de firmado el presente tratado. 5.º El emperador de los franceses declarará la guerra a Austria luego que hayan principiado las hostilidades entre Austria y Prusia. 6.º No se hará paz separadamente con Austria. 7.º La paz se hará bajo las condiciones siguientes: a) Italia el Veneto; b) Prusia territorios alemanes a elección, hasta siete u ocho millones de súbditos, mas la reforma federal en el sentido prusiano; c) Francia el territorio entre el Mosela y el Rhin, sin Coblenza ni Maguncia, comprensivo de quinientos mil almas, el Palatinado bávaro; en la orilla izquierda del Rhin, Berckstein y Hesse-Homburgo, 213,000 almas; un convenio militar y marítimo entre Francia y Prusia, luego que el rey de Italia haya dado su adhesión.»

La fuerza del ejército con que el emperador quería ayudarnos con arreglo al art. 5.º, se fijaba en 300,000 hombres.

El número de almas de los aumentos de territorios que Francia deseaba, ascendía según los cálculos a 1,800,000 almas.

Todo el que este año de la historia diplomática y militar de 1866 verá transpirar al través de las cláusulas del tratado, de aquella época la política que Francia proseguía al mismo tiempo respecto de Italia, con quien negociaba igualmente en secreto, y más tarde respecto de Prusia y de Italia.

Ya en Junio de 1866 desechamos el proyecto de alianza arriba mencionado; a pesar de advertencias reiteradas y casi amenazadoras; pero el Gobierno francés contaba aún con la victoria de Austria, y pensaba poder explotarnos a cambio de sus auxilios, después de nuestra derrota eventual, derrota que la política francesa principiaba a preparar diplomáticamente con todos sus esfuerzos.

V. E. sabe que el Congreso de que se trata en el proyecto de alianza, y que fué propuesto más adelante, habría tenido por consecuencia poner un término a nuestra alianza con Italia, concluida por tres meses, sin que esa alianza hubiera podido sernos útil.

V. E. sabe también cuánto se esforzó la Francia por los convenios ulteriores relativamente a Custozza en perjudicar nuestra situación y procurar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas de M. Rouher son un comentario de la marcha ulterior de los sucesos. Desde entonces no ha cesado Francia de tentarnos con ofertas a expensas de Alemania y de Bélgica.

Sin embargo, he pensado que fuera posible aceptar ofertas de esa naturaleza; pero creía que era útil en interés de la paz dejar a los diplomáticos franceses las ilusiones que les son particulares, por todo el tiempo posible, sin hacer siquiera promesas verbales.

Presumía que el alicamiento de toda esperanza para el Gobierno francés comprometiendo la paz, que estaba en interés de Alemania y de Europa mantener. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejaban no hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra, porque era de todos modos inevitable.

Nadie penetra los designios de la Providencia. Considero una guerra, aún siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe esforzarse en evitar a los pueblos.

No podía contar sin la eventualidad de que se introdujeran modificaciones en la constitución y en la política de la Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Todo aplazamiento venía en ayuda de esa esperanza.

Por esas razones, callé sobre las demandas que se me hacían, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliadas. Entonces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicación de Mr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregárnaslas, discutir las en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacían, sin la autorización de su soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el emperador Napoleón no había accedido a la demanda de la cesión de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afán de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía o la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era ageno a las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupación de Bélgica, hallaríamos nuestra compensación en otra parte. Del mismo modo se me dio a entender en ocasiones anteriores, que en la solución de la cuestión de Oriente no buscaba Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abigo la idea de que si el emperador se ha decidido a hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros a un aumento de territorio francés.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicación del tratado, Francia nos habría hecho después de terminados nuestros míticos armamentos, la oferta de poner en ejecución las proposiciones que nos había hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millón de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz antes o después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Mr. Benedetti, a expensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de esas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente

escrito de mano de Mr. Benedetti y en papel de la embajada imperial francesa.

Los embajadores y ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que vieron el original, han reconocido la letra de M. Benedetti. M. Benedetti, en la primera lectura, renunció a la cláusula final (la había puesto entre paréntesis) después que le hice observar que haría suponer una ingerencia de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

M. Benedetti efectuó por impulso propio, en mi presencia, una corrección menos importante en el art. 2.º

El 24 informé verbalmente a lord Loftus de la existencia del documento en cuestión, y en vista de sus dudas, le invité a que se informara, lo cual hizo el 27, y pudo conversarse de que el manuscrito procedía realmente de su antiguo colega.

Si hoy el Gabinete imperial niega los esfuerzos que ha hecho sin interrupción para ganarnos desde 1864 con sus promesas y sus amenazas, esto se explica fácilmente por la situación política del momento.—Bismarck.

V. E. sabe también cuánto se esforzó la Francia por los convenios ulteriores relativamente a Custozza en perjudicar nuestra situación y procurar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas de M. Rouher son un comentario de la marcha ulterior de los sucesos. Desde entonces no ha cesado Francia de tentarnos con ofertas a expensas de Alemania y de Bélgica.

Sin embargo, he pensado que fuera posible aceptar ofertas de esa naturaleza; pero creía que era útil en interés de la paz dejar a los diplomáticos franceses las ilusiones que les son particulares, por todo el tiempo posible, sin hacer siquiera promesas verbales.

Presumía que el alicamiento de toda esperanza para el Gobierno francés comprometiendo la paz, que estaba en interés de Alemania y de Europa mantener. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejaban no hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra, porque era de todos modos inevitable.

Nadie penetra los designios de la Providencia. Considero una guerra, aún siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe esforzarse en evitar a los pueblos.

No podía contar sin la eventualidad de que se introdujeran modificaciones en la constitución y en la política de la Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Todo aplazamiento venía en ayuda de esa esperanza.

Por esas razones, callé sobre las demandas que se me hacían, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliadas. Entonces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicación de Mr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregárnaslas, discutir las en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacían, sin la autorización de su soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el emperador Napoleón no había accedido a la demanda de la cesión de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afán de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía o la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era ageno a las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupación de Bélgica, hallaríamos nuestra compensación en otra parte. Del mismo modo se me dio a entender en ocasiones anteriores, que en la solución de la cuestión de Oriente no buscaba Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abigo la idea de que si el emperador se ha decidido a hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros a un aumento de territorio francés.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicación del tratado, Francia nos habría hecho después de terminados nuestros míticos armamentos, la oferta de poner en ejecución las proposiciones que nos había hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millón de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz antes o después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Mr. Benedetti, a expensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de esas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente

escrito de mano de Mr. Benedetti y en papel de la embajada imperial francesa.

Los embajadores y ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que vieron el original, han reconocido la letra de M. Benedetti. M. Benedetti, en la primera lectura, renunció a la cláusula final (la había puesto entre paréntesis) después que le hice observar que haría suponer una ingerencia de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

M. Benedetti efectuó por impulso propio, en mi presencia, una corrección menos importante en el art. 2.º

El 24 informé verbalmente a lord Loftus de la existencia del documento en cuestión, y en vista de sus dudas, le invité a que se informara, lo cual hizo el 27, y pudo conversarse de que el manuscrito procedía realmente de su antiguo colega.

Si hoy el Gabinete imperial niega los esfuerzos que ha hecho sin interrupción para ganarnos desde 1864 con sus promesas y sus amenazas, esto se explica fácilmente por la situación política del momento.—Bismarck.

V. E. sabe también cuánto se esforzó la Francia por los convenios ulteriores relativamente a Custozza en perjudicar nuestra situación y procurar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas de M. Rouher son un comentario de la marcha ulterior de los sucesos. Desde entonces no ha cesado Francia de tentarnos con ofertas a expensas de Alemania y de Bélgica.

Sin embargo, he pensado que fuera posible aceptar ofertas de esa naturaleza; pero creía que era útil en interés de la paz dejar a los diplomáticos franceses las ilusiones que les son particulares, por todo el tiempo posible, sin hacer siquiera promesas verbales.

Presumía que el alicamiento de toda esperanza para el Gobierno francés comprometiendo la paz, que estaba en interés de Alemania y de Europa mantener. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejaban no hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra, porque era de todos modos inevitable.

Nadie penetra los designios de la Providencia. Considero una guerra, aún siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe esforzarse en evitar a los pueblos.

No podía contar sin la eventualidad de que se introdujeran modificaciones en la constitución y en la política de la Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Todo aplazamiento venía en ayuda de esa esperanza.

Por esas razones, callé sobre las demandas que se me hacían, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliadas. Entonces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicación de Mr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregárnaslas, discutir las en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacían, sin la autorización de su soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el emperador Napoleón no había accedido a la demanda de la cesión de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afán de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía o la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era ageno a las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupación de Bélgica, hallaríamos nuestra compensación en otra parte. Del mismo modo se me dio a entender en ocasiones anteriores, que en la solución de la cuestión de Oriente no buscaba Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abigo la idea de que si el emperador se ha decidido a hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros a un aumento de territorio francés.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicación del tratado, Francia nos habría hecho después de terminados nuestros míticos armamentos, la oferta de poner en ejecución las proposiciones que nos había hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millón de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz antes o después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Mr. Benedetti, a expensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de esas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente

escrito de mano de Mr. Benedetti y en papel de la embajada imperial francesa.

Los embajadores y ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que vieron el original, han reconocido la letra de M. Benedetti. M. Benedetti, en la primera lectura, renunció a la cláusula final (la había puesto entre paréntesis) después que le hice observar que haría suponer una ingerencia de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

M. Benedetti efectuó por impulso propio, en mi presencia, una corrección menos importante en el art. 2.º

El 24 informé verbalmente a lord Loftus de la existencia del documento en cuestión, y en vista de sus dudas, le invité a que se informara, lo cual hizo el 27, y pudo conversarse de que el manuscrito procedía realmente de su antiguo colega.

Si hoy el Gabinete imperial niega los esfuerzos que ha hecho sin interrupción para ganarnos desde 1864 con sus promesas y sus amenazas, esto se explica fácilmente por la situación política del momento.—Bismarck.

V. E. sabe también cuánto se esforzó la Francia por los convenios ulteriores relativamente a Custozza en perjudicar nuestra situación y procurar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas de M. Rouher son un comentario de la marcha ulterior de los sucesos. Desde entonces no ha cesado Francia de tentarnos con ofertas a expensas de Alemania y de Bélgica.

Sin embargo, he pensado que fuera posible aceptar ofertas de esa naturaleza; pero creía que era útil en interés de la paz dejar a los diplomáticos franceses las ilusiones que les son particulares, por todo el tiempo posible, sin hacer siquiera promesas verbales.

Presumía que el alicamiento de toda esperanza para el Gobierno francés comprometiendo la paz, que estaba en interés de Alemania y de Europa mantener. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejaban no hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra, porque era de todos modos inevitable.

Nadie penetra los designios de la Providencia. Considero una guerra, aún siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe esforzarse en evitar a los pueblos.

No podía contar sin la eventualidad de que se introdujeran modificaciones en la constitución y en la política de la Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Todo aplazamiento venía en ayuda de esa esperanza.

Por esas razones, callé sobre las demandas que se me hacían, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliadas. Entonces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicación de Mr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregárnaslas, discutir las en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacían, sin la autorización de su soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el emperador Napoleón no había accedido a la demanda de la cesión de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afán de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía o la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era ageno a las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupación de Bélgica, hallaríamos nuestra compensación en otra parte. Del mismo modo se me dio a entender en ocasiones anteriores, que en la solución de la cuestión de Oriente no buscaba Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abigo la idea de que si el emperador se ha decidido a hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros a un aumento de territorio francés.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicación del tratado, Francia nos habría hecho después de terminados nuestros míticos armamentos, la oferta de poner en ejecución las proposiciones que nos había hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millón de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz antes o después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Mr. Benedetti, a expensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de esas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente

escrito de mano de Mr. Benedetti y en papel de la embajada imperial francesa.

Los embajadores y ministros de Austria, Inglaterra, Rusia, Baden, Baviera, Bélgica, Hesse, Italia, Sajonia, Turquía y Wurtemberg, que vieron el original, han reconocido la letra de M. Benedetti. M. Benedetti, en la primera lectura, renunció a la cláusula final (la había puesto entre paréntesis) después que le hice observar que haría suponer una ingerencia de Francia en los asuntos interiores de Alemania.

M. Benedetti efectuó por impulso propio, en mi presencia, una corrección menos importante en el art. 2.º

El 24 informé verbalmente a lord Loftus de la existencia del documento en cuestión, y en vista de sus dudas, le invité a que se informara, lo cual hizo el 27, y pudo conversarse de que el manuscrito procedía realmente de su antiguo colega.

Si hoy el Gabinete imperial niega los esfuerzos que ha hecho sin interrupción para ganarnos desde 1864 con sus promesas y sus amenazas, esto se explica fácilmente por la situación política del momento.—Bismarck.

V. E. sabe también cuánto se esforzó la Francia por los convenios ulteriores relativamente a Custozza en perjudicar nuestra situación y procurar nuestra derrota si era posible.

Las angustias patrióticas de M. Rouher son un comentario de la marcha ulterior de los sucesos. Desde entonces no ha cesado Francia de tentarnos con ofertas a expensas de Alemania y de Bélgica.

Sin embargo, he pensado que fuera posible aceptar ofertas de esa naturaleza; pero creía que era útil en interés de la paz dejar a los diplomáticos franceses las ilusiones que les son particulares, por todo el tiempo posible, sin hacer siquiera promesas verbales.

Presumía que el alicamiento de toda esperanza para el Gobierno francés comprometiendo la paz, que estaba en interés de Alemania y de Europa mantener. No era de la opinión de esos hombres políticos que aconsejaban no hacer todos los esfuerzos para impedir la guerra, porque era de todos modos inevitable.

Nadie penetra los designios de la Providencia. Considero una guerra, aún siendo victoriosa, como una desgracia que la política debe esforzarse en evitar a los pueblos.

No podía contar sin la eventualidad de que se introdujeran modificaciones en la constitución y en la política de la Francia, modificaciones que hubieran hecho desaparecer la necesidad de una guerra entre dos grandes pueblos vecinos. Todo aplazamiento venía en ayuda de esa esperanza.

Por esas razones, callé sobre las demandas que se me hacían, y he sostenido negociaciones dilatorias sin haber hecho jamás promesa alguna.

Después del mal éxito de las negociaciones entabladas con el rey de los Países-Bajos para la adquisición del Luxemburgo, me renovó Francia sus proposiciones, ampliadas. Entonces comprendieron la Bélgica y la Alemania.

En ese momento fué cuando tuvo lugar la comunicación de Mr. Benedetti. Que el embajador francés haya podido formular esas proposiciones de su propio puño, entregárnaslas, discutir las en diferentes ocasiones y modificar el texto de ellas en vista de las observaciones que se hacían, sin la autorización de su soberano, es cosa tan inverosímil como el aserto emitido en otra circunstancia de que el emperador Napoleón no había accedido a la demanda de la cesión de Maguncia, demanda que me fué hecha oficialmente por el embajador imperial en Agosto de 1866 bajo amenaza de guerra en caso de negativa.

Las diversas fases de mal humor y de afán de hacer la guerra de Francia que hemos atravesado desde 1866 hasta 1869, coinciden bastante bien con la simpatía o la antipatía para las negociaciones que los agentes franceses creían encontrar en mí.

Un personaje de elevada posición que no era ageno a las negociaciones, me hizo entender que en el caso de una ocupación de Bélgica, hallaríamos nuestra compensación en otra parte. Del mismo modo se me dio a entender en ocasiones anteriores, que en la solución de la cuestión de Oriente no buscaba Francia su parte en Oriente, sino en sus fronteras inmediatas.

Abigo la idea de que si el emperador se ha decidido a hacernos la guerra, es porque ha acabado de convencerse de la imposibilidad de llegar con nosotros a un aumento de territorio francés.

Tengo motivos para creer que si no hubiese tenido lugar la publicación del tratado, Francia nos habría hecho después de terminados nuestros míticos armamentos, la oferta de poner en ejecución las proposiciones que nos había hecho anteriormente, luego que nos hubiéramos hallado juntos al frente de un millón de soldados bien armados, enfrente de Europa desarmada, esto es, de hacer la paz antes o después de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Mr. Benedetti, a expensas de la Bélgica.

Relativamente al texto de esas proposiciones, haré observar que el proyecto de tratado está enteramente

## REMITIDO.

Señor director del periódico EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Muy señor mío y de toda mi consideración y respeto: Habiéndome hecho algunas observaciones sobre el folleto que he publicado impugnando las doctrinas de Suñer y Capdevila, personas respetables para mí, con el fin de que aclarara algunas doctrinas y palabras que he dejado consignadas en el mismo, para quitar pretexto a interpretaciones equivocadas que se pudieran hacer sobre las mismas, soy en manifestar: Que sin embargo de haber dicho en la página 57 del mencionado folleto que toda doctrina o palabra que quedase sentada contra la religión católica, apostólica, romana se hubiese por no dicha, retirada y mal interpretada, pues mi intención era decir lo contrario, añado que la palabra *deista* que uso en el folleto, se debe entender como creyente del Dios verdadero, de Dios revelado a los Santos Padres, y del Dios de los católicos, tal y como nos enseña y cree la Iglesia; pues lo he usado el término de *deista* contestando a Suñer que en su folleto llama a los católicos con este nombre.

Que donde digo en la página 50 «que Dios pudo hacer que una persona sea tres y tres una sola» entiendo que Dios puede ser trino y uno, por más que la limitada inteligencia del hombre no pueda comprender este inefable misterio.

Espero de su amabilidad y le ruego al mismo tiempo que me haga el obsequio de insertar estas líneas en el periódico que tan dignamente dirige lo que será sumamente agradecido por su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

JUAN DE DIOS BLAS.  
Madrid, 2 de Agosto de 1880.

## NOTICIAS GENERALES.